

La vida Patrimonio de la Humanidad

Juan Francisco Noguera Giménez

El Museo Arqueológico de Bagdad, que reunía la más importante colección de piezas del rico patrimonio histórico iraquí, fue asaltado el 11 de abril pasado, destruyéndose importantísimas piezas de cerámica y esculturas en pleno acto vandálico y perdiéndose el rastro de otras muchas piezas arqueológicas, al saquear sus salas y destruir o robar muchos de sus numerosos documentos, testigos de una historia antigua milenaria mesopotámica, cuna de las primitivas civilizaciones de Sumer, Akad, Babilonia y Asiria que se desarrollaron entre dos ríos bíblicos, el Tigris y el Éufrates.

La “decena de saqueadores” que iniciaron el pillaje el día 11, fue seguida durante 48 horas por un saqueo destructor, que obró a sus anchas ante la pasividad del todopoderoso ejército invasor estadounidense presente en Bagdad, tal como fueron relatadas las noticias difundidas en la prensa de los días siguientes. Estos grupos no fueron más que alborotadores que ocultaron un saqueo mucho más organizado y consciente. Una cifra espeluznante de 50.000 piezas robadas ha manejado la prensa, y aunque el número real sea esperanzadoramente inferior, -que parece no serlo-, resulta inverosímil atribuirlo a un saqueo espontáneo. Oficialmente, desde la reciente reunión de expertos arqueólogos de París, ha sido calificado de “saqueo deliberado”.

La Biblioteca Nacional de Irak fue igualmente asaltada en la noche del domingo día 13 al lunes e incendiada y la Escuela de Estudios Islámicos en Bab al Maadam también fue saqueada y destrozada en otro episodio lamentable similar. En la noticia difundida por EFE se habló en relación con la Biblioteca de “más de un millón de libros quemados o robados, además de importantes archivos, microfilmes y fondos de documentos antiguos”. Los hospitales no se han librado del terrible saqueo y algunas mezquitas, de reconocido valor patrimonial, han sufrido la destrucción indiscriminada que acarrea la guerra. Paralelamente, asistimos impotentes a una destrucción continuada y terriblemente enconada del territorio palestino.

Ante la magnitud del desastre patrimonial, se convocó el 17 de abril en París bajo los auspicios de la UNESCO, una reunión internacional de arqueólogos para trazar un plan de cara a intentar rescatar el perdido patrimonio cultural iraquí, que incluye piezas tan singulares como un arpa de oro del periodo sumerio (3360 a.de C.) o documentos sobre las primeras escrituras. Según el director del British Museum, Neil MacGregor, “la colección de 80.000 tabletas cuneiformes de barro que poseía el Museo Arqueológico de Bagdad se ha perdido”.

La dramática e irónica realidad, en la que aparece el señor Colin Powell imbuido de responsable preocupación por los acontecimientos mostrando, -que no demostrando-, un “respeto a las antigüedades y al museo” en su contacto diplomático con la UNESCO, nos hace ser escépticos con la recuperación de este inmenso patrimonio de la humanidad. Si las armas de destrucción masiva de Sadam Husein tan ansiadas no han sido encontradas, resulta menos convincente que aparezca un patrimonio, (aunque éste sea real en contraste con las pretendidas armas), que al gobierno del presidente Bush le debe parecer bisutería comparado con el petróleo iraquí, sobre el que tomaron suficientes medidas bélicas para que no fuese incendiado. El profesor Mc Guire Gibson, responsable de los trabajos arqueológicos en Irak, presente en la reunión de expertos en París, hizo constar que “habíamos suministrado a los militares americanos... una lista de los lugares que había que proteger”. Si la Convención de la Haya obliga a todas las partes a proteger el patrimonio cultural del lugar en conflicto, sorprende aún más la premeditada pasividad de las fuerzas de ocupación occidentales.

No obstante, no debemos caer en el desaliento y la inactividad de manera que noticias como la creación de una “célula especial” de la Interpol en Lyon, responsable de la lucha contra la venta en el mercado negro de los objetos artísticos y las antigüedades robadas en Irak, han de

considerarse positivas. Resulta necesario imaginar y llevar a la práctica el máximo de iniciativas pensadas para lograr la recuperación del patrimonio perdido, pero considero que en estos momentos hay que ser prudentes y establecer claras las prioridades, pues no se trata de lanzarse a una campaña, (iniciada en los últimos días de elecciones municipales y autonómicas en España), de ayudas a ciegas con tal de que quien preside una Administración, Gobierno, Generalitat o Forum cualquiera, destaque ahora por su generosa preocupación compasiva. El ofrecimiento político en Valencia de realización de “un proyecto museográfico nuevo” en el Museo Arqueológico de Bagdad, como se ha anunciado en algunos medios periodísticos valencianos, exige al menos contar con un inventario real y unas piezas auténticas recuperadas que exponer, además de un respeto a la cultura y autenticidad del lugar. Se debe suponer que dicho proyecto de llevarse a cabo se realizará con todo el rigor, respeto y asesoramiento necesario pues, de lo contrario, sería lamentable exportarles, a falta de las piezas auténticas, uno más de los parques temáticos con los que nuestra cultura occidental se acostumbra cada día más a considerar y mostrar el patrimonio. En estos momentos, en Irak, la mayor de las prioridades es conservar la autenticidad de un pueblo y una cultura.

La preservación del patrimonio debió comenzar con planes paralelos a los de invasión y destrucción que no debían haber existido nunca. Ahora, la digna preocupación por ayudar a un pueblo humillado y herido sacude nuevas conciencias, pero si la Administración, de cualquier signo que sea, pretende ayudar, que mida su esfuerzo, lo coordine y canalice en la mejor de las direcciones. Si se siente capaz de intervenir en el mismísimo Irak, en su patrimonio, que lo haga sin precipitaciones y con el máximo respeto y rigor ayudando, en primer lugar, a recuperar, preservar y restaurar con absoluta autenticidad,

su patrimonio destruido, perdido o maltratado. Cómo exhibirlo, en qué museo reconstruido, debe ser una consecuencia posterior coherente con dicha recuperación y la idiosincrasia del pueblo iraquí, pero ajena a operaciones de rentabilización de la guerra a cargo de multinacionales.

Nadie debe olvidar además, que entre el patrimonio destruido están las vidas humanas perdidas. La vida debe declararse el principal patrimonio de la Humanidad. Los sucesos mundiales aludidos, tan especialmente dramáticos, acontecidos en los últimos meses han despertado una conciencia colectiva que por primera vez se manifestó de manera global e internacional, al unísono en contra de la guerra y a favor de la paz. Desde las páginas de esta revista dedicada al patrimonio cultural sentimos el deber de hacernos eco de este sentimiento colectivo y denunciar la destrucción bélica del patrimonio cultural una vez más, -lo hemos tenido que hacer, lamentablemente, desde el primer número de LOGGIA con ocasión de la guerra en la antigua Yugoslavia-. Volvemos ahora a manifestar nuestra indignación por lo sucedido y preocupación por las labores de recuperación y reconstrucción, pero sin olvidar la más importante cuestión: que por encima de todas estas consideraciones está el respeto a la vida. A todas y a cada una de las vidas sesgadas en Irak, en Palestina, en Israel, en Afganistán, recientemente sacrificadas en Cuba, en nuestro próximo País Vasco y en tantos lugares y ocasiones que supondrían una larga lista. Sirvan estas breves líneas para rendir un homenaje a todos estos pueblos que sufren el terrorismo individual, criminalmente organizado o de Estado. Nuestro humilde grito de solidaridad con tanta víctima y dolor. Nuestros quehaceres profesionales y cotidianos, nuestro particular bienestar y comodidad, no deben ser obstáculos para manifestarnos siempre que podamos a favor de la paz, la tolerancia y la convivencia. 